

libro en el rollo se halla de mí escrito. Hacer tu querer me es grato, Dios mío, y llevo en la entraña metida tu ley (Sal. 39, 8-9), así hoy os ofrezco, Salvador mío, toda mi voluntad. Cierto que un tiempo fui rebelde y os ofendí con ella; pero ahora me arrepiento con todo el corazón de las maldades consentidas, con las que perdí miserablemente vuestra amistad, y os consagro completamente mi voluntad. *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* (Act. 9, 6) Decidme qué queréis de mí, que estoy presto a ejecutarlo. Disponed de mí y de mis cosas como os plazca, que todo lo acepto resignadamente. Comprendo que siempre deseáis mi mayor bien, por lo que en vuestras divinas manos deposito mi alma: *En tus manos mi espíritu encomiendo* (Sal. 30, 6). Ayudadla por piedad, conservadla y haced que sea siempre vuestra, puesto que la libriste, Señor, Dios de verdad.

¡Dichosa vos, Virgen santísima, que fuisteis toda y siempre toda de Dios! *Eres toda hermosa, amada mía, y no existe defecto en ti.* Entre todas las almas fuisteis llamada por vuestro esposo su paloma y su perfecta, el huerto cerrado a todo defecto y toda culpa y cuajado de flores y de frutos de virtud. ¡Ah, Reina y Madre mía!, ya que tan bella sois a los ojos de vuestro Dios, compadeceos de mi alma, tan afeada por sus pecados. Mas, si en lo pasado no me he entregado del todo a Dios, así lo quiero hacer en lo venidero. Quiero emplear la vida que me restare en amar a mi Redentor, que tanto me ha amado, hasta entregarse del todo a mí Alcanzadme, esperanza mía, fortaleza para serle grato y fiel hasta la muerte. Amén. Así lo espero, así sea.

42. EL VERBO ETERNO, DE FELIZ, SE HIZO ATRIBULADO

Tus ojos a tu maestro verán (Js. 30, 20).

Dice San Juan que *todo cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y jactancia de los bienes terrenos*. Eso son los tres malvados amores de que fue dominado el hombre después del pecado de Adán: amor de los placeres, amor de las riquezas y amor de los honores, de los que surgió la soberbia humana. El Verbo divino, para enseñarnos con su ejemplo la mortificación de los sentidos, que vence al amor de los placeres, *de feliz se hizo atribulado*. Para enseñarnos el desprendimiento de los bienes terrenos, de rico se hizo pobre. Y, finalmente, para enseñarnos la humildad, opuesta al amor de los honores, de sublime se hizo humilde. De estos tres puntos hablaremos en estos tres días de la novena. Hablemos hoy del primero.

Vino nuestro Redentor a enseñarnos, más con el ejemplo de su vida que con la doctrina que predicó, el amor a la mortificación de los sentidos; por esto, *de feliz* que era y es, se hizo *atribulado*. Considerémoslo y pidamos a Jesús y a María nos iluminen.

I

Hablando el Apóstol de la beatitud divina, llama a Dios el bienaventurado y único soberano, y con razón, porque toda la ventura que podemos disfrutar no es más que una mínima partecica de la felicidad infinita de Dios. En esta infinita felicidad hallarán la propia los bienaventurados del cielo al entrar en el mar

inmenso de la divina felicidad. Este es el paraíso que el Señor da al alma cuando entra en posesión del reino eterno.

Cuando Dios creó al hombre, no le puso en la tierra para padecer, sino que *lo puso en el vergel de Edén*, para que de ese lugar de delicias pasase al cielo a gozar eternamente de la gloria de los bienaventurados; pero el hombre, infeliz, se hizo indigno del paraíso terrestre con su pecado y se cerró las puertas del cielo, condenándose voluntariamente a muerte e infelicidad eternas. Y ¿qué hizo el Hijo de Dios para librar al hombre de tanta ruina? De bienaventurado y felicísimo que era, quiso tornarse afligido y atribulado.

Podía nuestro Redentor habernos rescatado de manos de los enemigos sin sujetarse a padecimientos; podía bajar a la tierra y disfrutar de su felicidad viviendo vida dichosa aun en la tierra, rodeado de los honores que le eran debidos como Rey y Señor universal. Para redimirnos sólo hubiese bastado que hubiera ofrecido a Dios una sola gota de su sangre o sola una lágrima, capaz de redimir, no sólo uno, sino mil mundos. «Cualquier sufrimiento de Cristo— dice el Angélico— hubiera bastado para la redención, en calidad de la infinita dignidad de la persona»; mas no: *En vez del gozo que se ponía delante, sobrellevó la cruz* (Heb. 12, 2). Quiso renunciar a todos los honores y placeres y eligió en la tierra una vida llena de trabajos e ignominias.

Cierto, exclama San Juan Crisóstomo, que cualquier obra del Verbo encarnado bastaba para redimir al hombre, pero no bastaba al amor que nos tenía. Y como quien ama desea ser amado, Jesucristo, para hacerse amar de los hombres, quiso padecer mucho y escoger vida trabajosa, para así obligarnos a amarle.

Reveló el Señor a Santa Margarita de Cortona que en su vida no experimentó ni el más mínimo consuelo sensible. *Grande como el mar es tu quebranto* (Lam. 2, 13). La vida de Jesús fue amarga como el mar, tan amargo y salado, que no hay en él gota dulce, por lo que Isaías llamó con razón a Jesucristo *Varón de dolores* (Is. 53, 3), como si en la tierra sólo fuera capaz de sufrir. Dice Santo Tomás que el Redentor no tomó sobre sí dolores poco intensos, sino que cargó con lo sumo del dolor; es decir, que quiso ser el hombre más afligido que haya nunca existido ni pueda existir sobre la tierra.

Sí, porque este hombre nació expresamente para sufrir, y por ello tomó un cuerpo aptísimo para los padecimientos. Desde el punto en que se encerró en el seno de María, como enseña el Apóstol, dijo a su Eterno Padre: *Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito* (Heb. 10, 5). Rehusasteis, Padre mío, los sacrificios de los hombres, pues no bastaban a satisfacer a vuestra divina justicia por las ofensas que os hicieron, y me disteis un cuerpo cual os había pedido, delicado, sensible y dispuestísimo para el sufrimiento; lo acepto voluntariamente y os lo ofrezco, para que, sufriendo todos los dolores durante mi vida y los que finalmente sufra en la cruz, pueda aplacar así a vuestra divina justicia y atraerme el amor de los hombres.

Y he aquí que, no bien entrado en el mundo, da comienzo a su sacrificio y empieza a padecer, pero de modo distinto del que padecen los demás hombres. Los niños no sufren en el seno de sus madres, porque se hallan en su lugar natural; y si algo padecieran, no se dan cuenta de ello, por carecer del uso de razón; pero el Niño Jesús padeció durante nueve meses la

obscuridad de aquella cárcel, la pena de no poder moverse, dándose cuenta de cuanto padecía. Por eso dijo Jeremías: *La mujer rodeará al varón* (Jr. 31, 22), prediciendo que María había de llevar en sus entrañas no ya a un niño, sino a un hombre; niño, sí, en cuanto a la edad, pero hombre perfecto en cuanto al uso de la razón, porque Jesucristo, desde el primer momento de su vida, estuvo colmado de toda sabiduría: *En el cual se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos* (Col. 2, 3). De ahí que San Bernardo dijese que Jesús, aun no nacido, era ya hombre, no por su edad, sino por su sabiduría, y San Agustín añadía que era inefablemente sabio y sabiamente niño.

Sale, por fin, del claustro materno, pero ¿para qué? ¿Para disfrutar? No, sino para padecer más aún, pues escogió para ello el corazón del invierno, una gruta que servía de pesebre a los animales y en medio de la noche; y nació con tanta pobreza, que no tuvo fuego para calentarse ni pañales que lo resguardasen del frío. ¡Gran cátedra es el pesebre!, exclama Santo Tomás de Villanueva. ¡Y cuán bien nos enseñó Jesucristo el amor a los padecimientos en la gruta de Belén! «En el pesebre —añade Salmerón— todo aflige a la vista, todo es ingrato al oído, todo molesto al olfato, todo áspero y duro al tacto. Todo aflige en el pesebre; todo apenas a la vista, pues no se ven más que piedras toscas y renegridas; todo apenas al oído, pues sólo se perciben gruñidos de animales; todo apenas el olfato, por el hedor del estiércol, y todo apenas al tacto, porque la cuna no es más que un reducido pesebre y por cama no hay sino pajas. Ved al Dios niño fajado y sin poderse mover. «Lo sufre —dice San Zenón— por haber venido a pagar las deudas del mundo». A lo que añade San Agustín: «¡Felices pañales, por medio de los cuales

se nos purifican las manchas de los pecados!» Vedlo temblar de frío y gemir, para darnos a entender sus dolores; vedlo cómo presenta al Padre aquellas sus primeras lágrimas para librarnos del merecido llanto eterno. Santo Tomás de Villanueva llamaba felices lágrimas aquellas con que se borraron nuestras iniquidades. ¡Felices lágrimas que nos alcanzaron el perdón de nuestras iniquidades!

La vida de Jesús continuó así afligida y atribulada. No bien nacido, se vio forzado a huir desterrado y fugitivo a Egipto para librarse de las manos de Herodes. En aquel país bárbaro pasó varios años de su infancia, pobre y desconocido. Y por el estilo fue luego la vida que, de retorno de Egipto, vivió en Nazaret, hasta morir a manos de verdugos en una cruz en medio de un mar de dolores y de escarnios.

Es preciso comprender, además, que los dolores que padeció Jesucristo en su pasión, la flagelación, la coronación de espinas, la crucifixión, la agonía, la muerte y todo el resto de penas e injurias que padeció, todas las padeció desde el principio de su vida, porque ya desde entonces tuvo presente ante los ojos la escena funesta de todos los tormentos que había de sufrir al terminar su mortal carrera, como lo había predicho por David: *Y mi dolor está siempre ante mí*. A los pobres enfermos se les esconde el hierro o el fuego con los que es preciso atormentarlos para alcanzar su curación, pero Jesucristo no quiso se le escondiera los instrumentos de su pasión que le habían de acabar la vida para alcanzarnos la vida eterna, sino que quiso tener siempre ante la vista los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, que debían sacarle toda la sangre de las venas, hasta hacerle expirar abandonado de todo consuelo, a puros sufrimientos.

A sor Magdalena Orsini, que padecía durante mucho tiempo una grave tribulación, se le apareció cierto día Jesús crucificado para animarla con la memoria de su pasión, exhortándola a sobrellevar pacientemente sus cruces. La sierva de Dios le dijo: «Pero vos, Señor, sólo estuvisteis tres horas en la cruz, en tanto que yo llevo ya varios años con este sufrimiento». «¡Ah ignorante — le respondió el Crucificado—, yo desde el punto en que me hallé en el seno de María sufrí cuanto después había de sufrir en el decurso de mi vida!» «Cristo —dice Novarino— llevó impresa la cruz en el seno de su Madre, hasta el extremo de que no bien nacido, llevara sobre sus hombros su principado». Por lo tanto, Redentor mío, exclama Drogón de Ostia, no te hallaré en toda la vida en más lugar que en la cruz. Sí, porque la cruz en que murió Jesucristo siempre la tuvo ante la mente para atormentarlo. Aun durmiendo, dice Belarmino, el Corazón de Jesús tenía siempre ante la vista la cruz.

Pero lo que llenó de amargura la vida de nuestro Redentor no fueron tanto los dolores de su pasión cuanto el ofrecerse ante sus ojos los pecados que después de su muerte habían de cometer los hombres. Estos fueron los crueles verdugos que le hicieron vivir en continuada agonía, siempre oprimido por tristeza tan terrible, que habría bastado para acabar en cada momento con su vida, de puro dolor. Escribe el P. Lesio que la sola vista de las ingratitudes de los hombres hubiera bastado para hacer morir mil veces de dolor a Jesucristo. Los azotes, la cruz, la muerte, no fueron ya para El objetos odiosos, sino queridos y deseados. El mismo se ofreció voluntariamente a sufrir. Nos entregó la vida contra su voluntad, sino por su propia iniciativa, como nos lo da a entender por San Juan:

Doy mi vida por las ovejas (Lc. 22, 15). Más aún: éste fue su mayor deseo en toda su vida, el de que llegara pronto el tiempo de su pasión para ver acabada la obra de la redención de los hombres, que por eso dijo en la noche que precedió a su muerte: *Con deseo deseé comer esta Pascua con vosotros*. Y antes de que llegara este tiempo, se diría que se consolaba repitiendo: *Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla!* (Lc. 12, 50) Debo ser bautizado con el bautismo de mi misma sangre, no ya para lavar mi alma, sino la de mis ovejuelas, de las lacras de sus pecados; y ¡cuán ansioso estoy de que llegue pronto la hora de verme agotado de sangre y muerto en cruz! Dice San Ambrosio que lo que más afligía al Redentor era no tanto la muerte cuanto la dilación de nuestro rescate.

San Zenón, en un sermón que compuso sobre la pasión, contempla a Jesucristo eligiéndose el oficio de carpintero, como por tal nombre lo conocían y llamaban: *¿No es éste el carpintero?* (Mc. 6, 3). *¿No es éste el hijo del carpintero?* Y la razón fue porque los carpinteros tienen siempre entre manos maderas y clavos, y ejerciendo tal oficio parecía se deleitaba Jesús en tales objetos, ya que se representaban mejor los clavos y la cruz en que deseaba morir.

Repitámoslo una vez más: lo que más afligió al corazón de nuestro Redentor no fue tanto la memoria de su pasión cuanto la ingratitud con que los hombres habían de corresponder a su amor. Esta ingratitud le hizo gemir en el establo de Belén; ésta le hizo sudar sangre, entre agonías de muerte, en el huerto de Getsemaní; ésta le sumió en tanta tristeza, que llegó a decir que ella sola bastaría para quitarle la vida: *Triste en gran manera está mi alma hasta la muerte* (Mt.

26, 38); y esta ingratitud, finalmente, fue quien le hizo morir desolado y destituido de todo consuelo en la cruz. Afirma el P. Suárez que Jesucristo quiso más particularmente satisfacer por la pena de daño que el hombre merecía que por la pena de sentido, por lo que fueron mucho mayores las penas interiores del alma del Señor que todas las que sufrió en su cuerpo.

II

También nosotros, por tanto, hemos contribuido con nuestros pecados a acibarar y atribular toda la vida de nuestro Salvador. Démosle, pues, gracias por su bondad, que nos da tiempo de remediar el mal hecho.

Y ¿cómo lo remediamos? Sufriendo con paciencia las penas y cruces que se digna enviarnos para nuestro bien. Él mismo nos señala el modo como habremos de sufrir pacientemente estas penas, con estas palabras: *Ponme como sello sobre tu corazón*. Esculpe sobre tu corazón la imagen de mi Crucifijo, parece decirnos; considera mi ejemplo, los dolores que sufrí por ti, y así sufrirás todas las cruces pacientemente. Dice San Agustín que este Médico celestial quiso enfermar para curarnos a nosotros con su enfermedad, como lo había profetizado por Isaías: *Y por sus verdugones se nos perdonó* (Is. 53, 5). Esta medicina de las penas era necesaria a nuestras almas enfermas a causa del pecado, y Jesucristo quiso beberla primero para que no nos repugnase tomarla a nosotros, que somos los verdaderos enfermos.

De ahí se sigue, según San Epifanio, que, para conducirnos como verdaderos discípulos de Jesucristo, debemos darle gracias cuando nos envía cruces, y con razón, porque, tratándonos así, nos hace semejantes a

Él. Añade San Juan Crisóstomo algo de gran consuelo: que, cuando damos gracias a Dios por los beneficios recibidos, le damos lo que le debemos, en tanto que, al soportar por su amor las penalidades pacientemente, entonces en cierto modo queda Dios deudor nuestro. Si quieres amar a Jesucristo, dice San Bernardo, aprende de Él mismo cómo debes amarlo. Aprende a sufrirlo todo por Dios que todo lo sufrió por ti.

El deseo de agradar a Jesucristo y de patentizarle su amor era el que hacía a los santos ávidos, no de honores ni de placeres, sino de penalidades y desprecios. Esto hacía decir al Apóstol: *A mí jamás me acaezca gloriarme en otra cosa sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (Gal. 6, 14). Hecho él dichoso compañero de su Dios crucificado, no ambicionaba más gloria que verse en la cruz. Esto hacía decir a Santa Teresa: «O padecer o morir»; como si dijese: Esposo mío, si me quieres llamar a ti con la muerte, heme aquí, que dispuesta estoy y os doy gracias por ello; pero si me quieres dejar el tiempo que fuere en esta vida, desconfío de mí misma si en ella estuviere sin padecer. «Os padecer o morir». Y Santa María Magdalena decía más: «Padecer y no morir»; como si dijese: Jesús mío, deseo el paraíso para amaros mejor, pero aun deseo más padecer para compensar en parte el amor que me habéis demostrado padeciendo tanto por mí. Y la venerable sor María del Crucifijo, siciliana, estaba tan enamorada del padecimiento, que llegaba a decir: Hermoso es el paraíso, pero en él falta una cosa, el padecimiento. Esto indujo también a San Juan de la Cruz cuando se le apareció Jesús con la cruz auestas y le dijo: Juan, pídemelo que quieras; le indujo, repito, a decirle que no quería sino desprecios y padecimientos: «Señor, padecer y ser despreciado por vos».

Si no tenemos el suficiente fervor para desear y buscar el padecimiento, procuremos, al menos, aceptar con paciencia, las tribulaciones que Dios nos enviare para nuestro bien. «Donde está la paciencia se halla Dios», dice Tertuliano. ¿Dónde está Dios? Dadme un alma que sufra resignada, y en ella ciertamente hallaréis a Dios: *Cercano está el Señor de los que tienen el corazón contrito* (Sal. 33, 19). El Señor se complace en estar al lado de los que se hallan atribulados; pero ¿de qué atribulados? De los que padecen con paciencia y se resignan a la voluntad divina. A éstos les hace Dios gustar la verdadera paz, que consiste, como dice San León, en unir nuestra voluntad a la de Dios. La divina voluntad, en sentir de San Buenaventura, es como la miel, que torna dulces y amables hasta las cosas amargas, y la razón es porque quien logra cuanto desea no tiene más que desear. Decía San Agustín: «Sólo es feliz el que posee todo lo que desea y no desea nada malo». De ahí que siempre esté contento el que no quiere más que lo que Dios quiere, pues el alma siempre alcanza cuanto quiere, conformándose con lo que Dios quiere.

Y cuando Dios nos envía cruces debemos no solamente resignarnos, sino agradecerse, ya que es indicio de querer perdonarnos los pecados y librarnos del infierno merecido. Quien ofendió a Dios debe ser castigado, y por eso debemos pedirle siempre que nos castigue en esta vida y no ya en la otra. ¡Pobre del pecador que prospera en esta vida y no conoce castigos! Dios nos libre de aquella compasión de que habla Isaías: *Si el impío es compadecido, no aprende justicia* (Is. 26, 10). No quiero esta compasión, dice San Bernardo, porque es el más terrible de todos los castigos. Cuando Dios no castiga al pecador en esta

vida, señal es de que aguarda a castigarlo en la otra, donde los castigos no tendrá fin. Dice San Lorenzo Justiniano: «Reconoce el don del precio de tu Redentor y el peso de tu prevaricación». Al ver a un Dios muerto en cruz, fuerza es considerar el excelso don que nos hizo de su sangre, para redimirnos del infierno, y reconocer, a la vez, la malicia del pecado, que redujo a Dios a la muerte para alcanzarnos el perdón. ¡Oh Dios eterno!, nada me espanta más que ver a tu Hijo castigado con muerte tan dolorosa a causa del pecado, decía Drogón.

Consolémonos, por tanto, cuando después de los pecados nos veamos castigados por Dios en este mundo, porque es prueba de que quiere usar con nosotros de misericordia en el otro. El solo pensamiento de haber disgustado a un Dios tan bueno, si es que le amamos, es llevarnos de más consuelo, al vernos afligidos y castigados, que si nos viéramos colmados de prosperidad y de consuelos en esta vida. Que es lo que San Juan Cristóstomo expone con estas palabras: «Mayor consuelo tiene el castigado que ama a Dios, después de haber irritado su misericordia, que quien no experimenta tales castigos». A quien ama, prosigue el Santo, aflige más el pensar que ha llenado de amargura al amado que el mismo castigo de su delito.

Consolémonos, pues, en los sufrimientos, y si estos pensamientos no bastaren a consolarnos, vayamos a Jesucristo, que El nos consolará, como lo tiene prometido: *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré* (Mt. 2, 25). Si acudimos al Señor, o nos librará de los males que nos afligen o nos dará fuerza para sobrellevarlos pacientemente, gracia mayor que la primera, porque las tribulaciones sobrellevadas resignadamente, además de librarnos en

esta vida de nuestras deudas, nos hacen merecedores de mayor y eterna gloria en el paraíso.

Acudamos también, cuando nos hallemos afligidos y desolaos, a María, que se llama Madre de la misericordia, causa de nuestra alegría y consuelo de los afligidos. Vayamos a esta Señora, que, como dice Lasnpergio, no permite que nadie se aparte de sus plantas sin consuelo. San Buenaventura le dice que tiene por oficio compadecer a los afligidos, por lo que Ricardo de San Lorenzo añade que quien la invocare la hallará siempre presta a ayudarlo. ¿Quién, en efecto, pregunta Eutiquio, ha implorado su auxilio sin ser consolado?

Afectos y súplicas

Santa María Magdalena de Pazzi ordenó a dos de sus religiosas que en los días de Navidad se quedasen a los pies del santo Niño desempeñando el oficio que desempeñaban los animales del pèsebre, es decir, que quedasen calentando a Jesús, tiritando de frío, con sus amorosas alabanzas, acciones de gracias y amorosos suspiros, exhalados de sus ardientes corazones. ¡Ojalá pudiera también yo, querido Redentor mío, desempeñar tal oficio! Sí, te alabo, Jesús mío; alabo tu infinita misericordia y tu infinita caridad, que te glorifica en el cielo y en la tierra, y uno mi voz a la de los ángeles: *¡Gloria a Dios en las alturas!*. Te doy gracias en nombre de todos los hombres, pero especialmente en el mío, pobre pecador. ¿Qué sería de mí, qué esperanza podría tener de perdón y de salvación, si vos, Salvador mío, no hubierais venido del cielo a salvarme? Os alabo, pues; os doy gracias y os amo. Os amo más que a ninguna otra cosa, os amo más que a

mí mismo, os amo con toda el alma y me entrego completamente a vos. Recibid, santo Niño, estos actos de amor, y si son fríos, por salir de un corazón helado, abrasad este pobre corazón que os ha ofendido, pero que ya se halla arrepentido. Sí, Señor mío; me arrepiento sobre todo otro mal de haberos menospreciado a vos, que tanto me amasteis. Ya no deseo más que amaros y sólo os pido esto: dadme vuestro amor y haced de mí lo que os plugiere. Tiempo hubo en que fui miserable esclavo del infierno, mas ahora que me veo libre de aquellas miserables cadenas, me consagro todo a vos; os consagro mi cuerpo, mis bienes, mi vida, mi alma, mi voluntad y toda mi libertad. Ya no quiero ser mío, sino únicamente vuestro, mi solo bien. ¡Ah! Atad a vuestros pies mi pobre corazón para que jamás se aparte de vuestra compañía.

¡Oh María Santísima!, alcanzadme la gracia de vivir ligado siempre con las felices cadenas del amor hacia vuestro Hijo. Decidle que me reciba como esclavo de su amor, que El hace cuanto vos le pedís. Pedídselo, pedídselo por mí, que en vos espero.

43. EL VERBO ETERNO, DE RICO, SE HIZO POBRE

Sacúdete el polvo, levántate, cautiva de Jerusalén (Js. 52. 2)

¡Animo, alma cristiana!, te dice el profeta; sacúdete el polvo de los afectos terrenos, ¡ánimo!, álzate del fango en que yaces miserablemente y siéntate; siéntate como reina para dominar las pasiones que te ase-

dian a fin de que no alcances la gloria eterna y te exponen a peligro de eterna ruina.

Mas ¿qué tendrá que hacer el alma para llegar al feliz estado con que el profeta le brinda? Considerar e imitar la vida de Jesucristo, quien, siendo tan *rico* que posee todas las riquezas del cielo y de la tierra, se hizo *pobre*, despreciando los bienes terrenos. Quien considera a Jesús hecho pobre por su amor, es imposible que no se mueva a despreciarlo todo por amor de Jesús. Considerémoslo atentamente y pidamos luces para ello a Jesús y a María.

I

Cuanto hay en el cielo y en la tierra, todo es de Dios; el mismo Señor nos lo dice: *Mío es el orbe y cuanto lo hinche*. Y aun esto es poco; el cielo y la tierra sólo es una mínima parte de las riquezas de Dios. Dios es tan rico, que tiene infinitas riquezas que no le pueden faltar, porque sus riquezas no dependen de otro, sino que las posee en sí mismo, que es infinito bien. Por esto decía David: *Tú eres mi Dueño; no hay bien para mí fuera de tí* (Sal. 15, 2). Así, pues, este Dios, siendo rico, se hizo pobre al encarnarse, a fin de enriquecernos a nosotros, pobres pecadores: *Siendo rico, se empobreció para que vosotros con su pobreza os enriquecieseis* (2 Cor. 8, 9). ¡Cómo! ¿Un Dios llegando al extremo de hacerse pobre? Y ¿por qué? Vamos a verlo. Los bienes de la tierra no pueden ser sino tierra y fango, pero fango que de tal manera ciega a los hombres, que ya no ven cuáles sean los verdaderos bienes.

Antes de la venida de Jesucristo estaba el mundo sumido en tinieblas, porque estaba sumido en pecados: *Toda carne había corrompido su camino* (Gen.

6, 12). Todos los hombres habían viciado la ley y la razón, pues viviendo como brutos, no pensaban sino en disfrutar de los bienes y placeres terrenos, sin cuidarse para nada de los bienes eternos. Pero la divina Misericordia dispuso que bajase el mismo Hijo de Dios a iluminar a estos obcecados: *El pueblo que caminaba en las tinieblas vio una gran luz* (Is. 9, 2).

Jesús fue llamado luz de las naciones: *Luz para iluminación de los gentiles. Y la luz en las tinieblas brilla* (Lc. 2, 32). Ya anteriormente nos había prometido el Señor trocarse en nuestro Maestro, y Maestro visible a nuestros ojos, para enseñarnos el camino de la salvación, que es la práctica de las santas virtudes, y en especial de la santa pobreza: *Tus ojos a tu maestro verán*. Pero este Maestro debía enseñarnos no sólo con la voz, sino también, y principalmente, con el ejemplo de su vida. Dice San Bernardo que en el cielo no se daba la pobreza, que tan sólo se podía encontrar en la tierra, aun cuando el hombre desconociera su precio, y de ahí que no la buscase. Por eso el Hijo del hombre bajó del cielo a la tierra y eligió la pobreza como compañera de toda su vida, haciéndola así, con su ejemplo, preciosa y deseable. Y he aquí a nuestro Redentor niño que ya desde el comienzo de su vida se constituye maestro de pobreza en la gruta de Belén, llamada precisamente por el mismo San Bernardo *escuela de Cristo* y por San Agustín *cueva maestra*.

Con tal fin permitió Dios que se publicase el edicto del César, para que el Hijo naciera no sólo pobre, sino el más pobre de todos los hombres, fuera de la casa propia y en una gruta albergue de animales. El resto de los pobres, como nacen en sus casas, tienen ciertas comodidades de pañales, calor, asistencia de personas que, al menos por compasión, les prestan sus

socorros. ¿Quién nació nunca en un pesebre, por pobres que sus padres fuesen? En los pesebres apenas si nacen los animales. San Lucas cuenta cómo aconteció esto. Llegado el tiempo en que María había de dar a luz, José anduvo buscándole alojamiento en Belén y, por más que fue de casa en casa, no lo encontró, ni siquiera en las posadas: *No había para ellos lugar en el mesón* (Lc. 2, 7). Vióse, pues, obligada María a albergarse, para dar a luz, en aquella cueva, donde, a pesar del gran concurso de gentes, no había más que solos dos animales.

Cuando nacen los hijos de los príncipes, hallan habitaciones ricamente adornadas y calientes, cunas de plata, finísimos paños y grandes del reino y damas para su servicio; en cambio, al Rey del cielo, en vez de una habitación adornada y caliente, tócale una gruta fría, llena de hierba; en vez de colchones de pluma, un poco de paja dura e hiriente; en vez de finos pañales, toscos pañecillos, húmedos y fríos. Al Creador de los ángeles, dice San Pedro Damiano, no leemos que se le envolviese en púrpura, sino con los más bastos pañalillos. Avergüéncese la terrena soberbia al ver los resplandores de la humildad del Salvador. Por toda calefacción y compañía de magnates, apenas le llega el hálito y compañía de dos animales; por toda cuna preciosa, cábele un vil pesebre. ¡Cómo!, exclama San Gregorio Niseno, el Rey de los reyes, que llena cielos y tierras, ¿no halla para nacer otro sitio que un pesebre de bestias! Sí, porque este Rey de los reyes quiso por amor nuestro ser pobre, y el más pobre de todos. A lo menos, los niños de los pobres tienen suficiente leche con que alimentarse, al paso que también en esto quiso ser pobre Jesucristo, pues la leche de María era leche milagrosa, facilitada no por la naturaleza, sino

por el cielo, como dice la santa Iglesia; y Dios, para complacer el deseo de su Hijo, que deseaba ser el más pobre de todos, no proveyó a María de leche sobrada, sino solamente de la necesaria para sustentar la vida del Hijo, por lo que canta la misma santa Iglesia: «Se alimentó con poca leche».

Jesucristo continuó durante toda su vida tan pobre como en el nacimiento, y no sólo pobre, sino también *mendigo*, dice San Pablo, por lo que añade Cornelio Alápid: «Es evidente que Cristo no fue sólo pobre, sino también mendigo. Nuestro Redentor, después de haber nacido tan pobre, se vio forzado a huir de su patria a Egipto. San Buenaventura va en este viaje considerando y compadeciendo la pobreza de María y de José, que viajaban como pobres, por un camino tan largo y con el santo Niño, que tanto hubo de padecer con su pobreza. «¿Cómo — pregunta el santo — se arreglaban para comer? ¿Dónde descansaban? ¿Dónde se hospedaban?» Pero ¿y de qué se iban a alimentar sino de pan, de poco y duro pan? ¿Dónde iban a descansar de noche y en aquel desierto, sino al aire libre, por el suelo y bajo cualquier árbol? ¡Oh!, quien hubiese encontrado en aquel camino a estos tres excelsos peregrinos, ¿por quiénes los hubiera tenido sino por tres pobres mendigos? Llegan a Egipto, y es natural que por ser pobres y forasteros, sin parientes ni amigos, tuvo que aumentar sus sufrimientos la suma pobreza que hubieron de padecer durante los siete años que permanecieron allí. Dice San Basilio que en Egipto apenas llegaban a sustentarse, procurándose el alimento con el trabajo de sus manos. Landolfo de Sajonia añade que el Niño Jesús, forzado por el hambre, pediría a María un poco de pan, y ésta tendría que despa-charlo sin poder dárselo.

Volvieron de Egipto a Palestina y vivieron en Nazaret, donde Jesús continuó su vida pobre: pobre de casa y pobre de moblaje, como añade San Cipriano. En esta casa vivió como pobre, sustentando la vida con sudores y fatigas, como cualquier artesano e hijo suyos, pues como tal era llamado y considerado.

Salió luego el Redentor a predicar el Evangelio, y en estos sus tres postreros años de vida no varió de fortuna ni de estado, sino que vivió con mayor pobreza que antes, llegando hasta tener que vivir de limosna. De ahí que se viera obligado a decir a cierto hombre que le deseaba seguir para vivir más cómodamente: *Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo, nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza* (Mt. 8, 20). Que era tanto como decir: Hombre, si con seguirme esperas mejorar de condición, te equivocas, porque vine a la tierra a enseñar la pobreza, haciéndome más pobre que las zorras y las avecillas, que tienen sus madrigueras y nidos, al paso que en este mundo yo no tengo ni un palmo de tierra propio en que pueda reclinar la cabeza, y tales quiero que sean también mis discípulos. ¿Quieres, comenta Cornelio Alávide, quieres aumentar tus bienes viniendo en pos de mí? Te equivocas, porque yo, como maestro de perfección, soy pobre, y pobres deseo a mis discípulos. San Jerónimo decía que el siervo de Cristo nada tiene ni desea más que a Cristo.

Pobre, en suma, vivió Jesucristo, y pobre, finalmente, murió, hasta el punto que José de Arimatea le tuvo que ceder el sepulcro y otros tuvieron que darle una sábana de limosna para que le sirviese de mortaja.

II

Considerando el cardenal Hugo la pobreza, los desprecios y penalidades a que se quiso someter nuestro Redentor, dice: Parece que Dios enloqueció por amor de los hombres, pues quiso abrazarse con tantas miserias para alcanzarles los tesoros de la gracia divina y de la gloria bienaventurada. Y ¿quién, prosigue el citado autor, sería capaz de creer, si Jesucristo no lo hubiese hecho, que, siendo dueño de todas las riquezas, quisiese hacerse tan pobre, siendo Señor de todos los hombres; quisiese hacerse su esclavo, siendo Rey del cielo; quisiese cargar con tantos desprecios, siendo feliz; quisiese sufrir tantas penalidades?

Cierto que hay en la tierra caritativos príncipes que emplean gustosos sus riquezas en auxilio de los pobres; pero ¿dónde se habrá jamás encontrado un rey sino a Jesucristo, que para ayudar a los pobres se haya hecho pobre como ellos? Cuéntase como prodigio de caridad el del rey San Eduardo, que, encontrándose en el camino a cierto pobre que no se podía mover y se hallaba abandonado de todos, cargó con él amorosamente sobre sus espaldas y lo llevó a la iglesia. Sí; éste fue gran acto de caridad, que admiró a los pueblos; pero San Eduardo, al hacer esto, no dejó de ser monarca, ni el pobre de ser pobre. El Hijo de Dios, el Rey de cielos y tierra, para salvar a la oveja perdida, que era el hombre, no sólo bajo del cielo a la tierra ni la cargó tan sólo sobre sus espaldas, sino que se despojó de su majestad, de sus riquezas y de sus honores, y no sólo se hizo pobre, sino el más pobre de todos. Escondió, dice San Pedro Damiano, escondió la púrpura, es decir, su divina majestad, bajo las apariencias de un pobre obrero. El que da las riquezas, añade

San Gregorio Nacianceno, quiso ser pobre, para procurarnos con sus merecimientos, no las riquezas terrenas, míseras y caducas, sino las divinas, inmensas y eternas, a fin de que con su ejemplo nos viéramos libres del afecto de los bienes mundanos, que nos ponen en grave peligro de perdernos para siempre. De San Juan Francisco de Regis se cuenta que su ordinaria meditación era la pobreza de Jesucristo.

Opina Alberto Magno que Jesucristo nació en un pesebre y al lado del camino, por dos motivos. El primero, para darnos mejor a comprender que todos somos peregrinos en esta tierra, en las que estamos de paso. «Huésped eres, miras y pasas», dice San Agustín. Y, la verdad, quien se halla de paso en un lugar no coloca allí sus afectos, pensando que dentro de poco lo habrá de dejar. ¡Ah!, si los hombres pensaran continuamente que en esta tierra están de paso a la eternidad, ¿quién sería el que se apegase a estos bienes, con peligro de perder los eternos? El otro motivo, dice Alberto Magno, fue para enseñarnos a despreciar al mundo, que carece de riquezas suficientes para contentar el corazón. Enseña el mundo a sus secuaces que la felicidad consiste en la posesión de las riquezas, de los placeres y de los honores; pero este mundo engañador fue condenado por el Hijo de Dios hecho hombre: *Ahora es el juicio del mundo* (Jn. 12, 31). Y esta condenación del mundo empezó, como dicen San Anselmo y San Bernardo, en el pesebre de Belén. Quiso Jesús nacer en él tan pobre para enriquecernos con su pobreza, a fin de que con su ejemplo divino arrancáramos del corazón el afecto a los bienes terrenos y lo colocásemos en la virtud y en el santo amor. Enseñó Jesucristo, dice Casiano, un camino, nuevo: amar la pobreza, que el mundo desprecia.

Por estos los santos, a ejemplo del Salvador, lo abandonaron todo para seguir pobres a Cristo pobre. San Bernardo dice que la pobreza de Jesucristo es mucho más rica que todos los tesoros de este mundo. La pobreza de Jesucristo nos trajo más bien que cuantos encierran todos los tesoros mundanos, puesto que nos mueve a alcanzar las riquezas del cielo, menospreciando las terrenas. De ahí que San Pablo dijese: *Todas las cosas... las tengo por basuras, a fin de ganarme a Cristo*. El Apóstol miraba todas las cosas como basuras, en parangón con la gracia de Jesucristo. San Benito, en la flor de su juventud, dejó las comodidades de la casa paterna y fue a vivir a una gruta, recibiendo de limosna un trozo de pan del monje Román, que de esta suerte lo alimentaba por caridad. San Francisco de Borja abandonó todas sus riquezas y fue a vivir como pobre a la Compañía de Jesús. San Antonio Abad vendió todo su rico patrimonio, lo repartió a los pobres y se internó a vivir en el desierto. San Francisco de Asís dio al padre cuanto tenía, aun la camisa, y vivió de limosna toda su vida.

Quien quiera riquezas, decía San Felipe Neri, no se hará santo. Sí, porque el amor divino no cabe en el corazón lleno de tierra. «¿Traes el corazón vacío?», se preguntaba como condición necesaria a los antiguos monjes cuando pedían ser admitidos en compañía de los demás. Como si quisieran preguntar: ¿Viene tu corazón vacío de los afectos terrenos? Si no es así, sábetelo que no podrás ser todo de Dios. Ya el Señor dijo: *Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón* (Mt. 6, 21). El tesoro de cada uno es aquello que más aprecia y estima. Murió en cierta ocasión un rico que se condenó, lo que publicó desde el púlpito San Antonio de Padua, y dijo, en prueba de ello, que

fuesen a ver el lugar donde tenía el dinero, pues allí encontrarían su corazón. Fueron, en efecto, y hallaron el corazón de aquel infeliz, aun caliente, en medio de su dinero.

Dios no puede ser el tesoro del alma apegada a los bienes de la tierra, por lo que pedía David: *Crea, Dios, para mí un corazón puro* (Sal. 50, 12). *Purificad, Señor, mi corazón de los afectos terrenos para que yo pueda decir que sólo vos sois roca de mi corazón y parcela mía para siempre* (Sal. 72, 26). Por lo tanto, quien desee verdaderamente santificarse, arroje del corazón cuanto no sea Dios. ¿Para qué tesoros, bienes ni riquezas? ¿Para qué, si no contentan el corazón y si los tenemos que dejar luego, luego? *No atesoréis tesoros sobre la tierra, donde la polilla y el orín los hacen desaparecer; atesoraos más bien tesoros en el cielo* (Mt. 6, 19-20).

¡Ah, y cuán inmensos son los bienes que Dios prepara en el cielo a quienes le aman! ¡Qué tesoro es la gracia de Dios y el amor divino para quienes le conocen! *Riquezas y gloria me acompañan para repetir bienes a mis amigos* (Pv. 19, 21). Dios contiene en sí mismo las riquezas y el premio, como decía Isaías. Dios sólo es en el cielo todo el premio de los bienaventurados y El solo basta para contentarlos plenamente. Pero, para amar mucho a Dios en el cielo, hay que amarle antes mucho en la tierra. Con la medida del amor con que terminaremos la jornada de la tierra seguiremos amando a Dios en la eternidad. Si queremos estar seguros de no volvernos a separar de este bien supremo en la presente vida, estrechémosle siempre más con los brazos del amor, repitiendo con la Esposa de los Cantares: *Encontré a quien ama mi alma. Asílo y no lo suelto* (Cant. 3, 4). Y ¿cómo estre-

cha la esposa a su amado? Con los brazos del amor, expone Guillermo, y San Ambrosio añade: «A Dios se le sujeta con los lazos del amor». ¡Dichoso, pues, quien pueda decir con San Paulino: «¡Quédense con sus riquezas los ricos y con sus reinos los reyes, que mis riquezas y mi reino es Cristo!»; y con San Ignacio prefiera el amor y la gracia de Dios a todas las riquezas del mundo! «No le da pena —dice San León— el estar en la indigencia al que posee todas las cosas en Dios».

Recurramos siempre a la divina Madre y amémosla sobre todas las cosas después de Dios, pues que ella nos asegura (como la hace hablar la santa Iglesia) que enriquece de gracias a cuantos la aman.

Afectos y súplicas

Amado Jesús mío, inflamadme en vuestro santo amor, ya que para eso bajasteis a la tierra. Ciertamente que, habiendo tenido la desgracia de ofenderos, después de tantas luces y gracias especiales como me habéis hecho, no merecería abrasarme en aquellas dichas llamas en que arden los santos, sino arder en las del infierno. Pero, hallándose todavía fuera de aquella merecida cárcel, os oigo que, vuelto hacia a mí, a pesar de mi ingratitud, me decís: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón*. Gracias, Dios mío, por renovarme este suave precepto; y ya que mandáis que os ame, sí, quiero obedeceros y quiero amaros con todo mi corazón. Señor, en lo pasado fui un desagradecido, un ciego al olvidarme del amor que me habéis profesado; pero ahora que de nuevo me ilumináis y me dais a conocer cuanto habéis hecho por mí amor, ahora que pienso que os hiciste hombre por mí y que cargasteis

con mis miserias, ahora que os veo tiritar de frío sobre la paja, gimiendo y llorando por mí, ¡oh divino Niño!, ¿cómo podría vivir sin amaros?

Perdonadme, amor mío, cuantos disgustos os haya dado. ¡Oh Dios!, ¿cómo es posible que, sabiendo por la fe cuánto padecisteis por mí, os haya disgustado tanto? Estas pajas que os punzan, este vil pesebre que os sirve de cuna, estos tiernos vagidos que dais, estas amorosas lágrimas que derramáis, me hacen esperar firmemente el perdón y la gracia de amaros en lo que me restare de vida. Os amo, Verbo encarnado; os amo, divino Niño, y me consagro por completo a vos. Por las penas que padecisteis en la gruta de Belén, recibid; Jesús mío, a este mísero pecador que quiere amaros. Ayudadme, dadme la perseverancia; todo lo espero de vos.

¡Oh María, excelsa Madre de tan excelso Hijo, y la más amada de El, rogadle por mí.

44. EL VERBO ETERNO, DE SUBLIME, SE HIZO HUMILDE

Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón (Mt. 11, 29).

La soberbia fue la primera causa de la caída de nuestros primeros padres, quienes por no sujetarse a la obediencia divina se perdieron a sí y a todo el género humano; pero la misericordia de Dios, para redimir tamaño mal, permitió que su Unigénito se humillara hasta el extremo de revestirse de carne humana y, con el ejemplo de su vida, indujera al hombre a ena-

morarse de la santa humildad y a detestar la soberbia, que nos hace odiosos a los hombres y a Dios. He aquí por qué San Bernardo nos invita hoy a visitar la gruta de Belén con estas palabras: «Vayamos a Belén, que allí tenemos qué admirar, qué amar y qué imitar».

Sí; en aquella gruta tendremos, en primer lugar, qué admirar. ¡Cómo!, ¿un Dios en un pesebre? ¿Un Dios sobre la paja? ¡Cómo!, el Dios que se sienta en lo más excelso del cielo en trono de majestad, ¿colocado en un pesebre, desconocido y abandonado y sin apenas más compañía que la de dos animales y algunos pastorcillos?

Tendremos también qué amar, al encontrarnos con un Dios que, si bien infinito, quiso bajarse hasta ofrecer al mundo como pobre niño para hacérsenos más amable y querido, según el mismo San Bernardo decía.

Y hallaremos, finalmente, qué imitar en el supremo Rey del cielo, hecho humilde, pequeñito y pobre niño, que ya en aquella cueva quiere comenzar, desde su infancia, a enseñarnos con su ejemplo lo que después nos enseñará con su voz, continúa diciendo el mismo santo Abad.

Imploremos las luces de la gracia a Jesús y a María.

I

¿Quién no sabe que Dios es el primer y supremo noble, del que depende toda nobleza? Su grandeza es infinita; no depende de nadie y de nadie heredó su grandeza, que siempre poseyó en sí mismo. Es el Señor de todo y a quien todas las criaturas obedecen. *Los vientos y el mar le obedecen* (Mt. 8, 27). Sobrada

razón tiene el Apóstol para decir: *Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos* (1 Tim. 1, 17). Pero el Verbo eterno, para remediar la desgracia del hombre, perdido por su soberbia, así como le dio ejemplo de pobreza, como ya consideraremos en el presente discurso, para desprenderle de los bienes terrenos, así quiso también servirle de ejemplo de humildad para librarlo del vicio de la soberbia.

El primero y mayor ejemplo de humildad fue el hacerse hombre y cargar con nuestras miserias: *Hecho a semejanza de los hombres* (Fil. 2, 7). Dice Casiano que quien viste vestido ajeno, bajo él se esconde, y así Dios quiso esconder su naturaleza divina bajo el humilde vestido de la naturaleza humana. Y San Bernardo añade que ocultó la majestad divina para tomar nuestra naturaleza y para que se juntasen Dios y el barro, la majestad y la enfermedad, tanta vileza y tanta sublimidad. ¡Un Dios unirse al barro! ¡La Grandeza a la miseria, la Sublimidad a la vileza! Pero lo que más nos ha de asombrar es que no tan sólo quiso Dios hacerse criatura, sino aparecer como pecador, revistiéndose de carne semejante a la carne de pecador.

Y aun no se contentó el Hijo de Dios de aparecer como hombre, ni aun como hombre pecador, sino que quiso elegir la vida más baja y humilde que puede existir entre los hombres, de manera que llegó a llamarlo Isaías *Abandonado de los hombres* (Is. 53, 3). Jeremías había predicho que había de ser saciado de oprobios y de ignominias, y David que había de ser *oprobio de los hombres y hez del pueblo* (Sal. 21, 7). Por eso quiso Jesucristo nacer en el mundo lo más pobre que se pueda imaginar. ¡Qué vergüenza para un

hombre, por pobre que se quiera, nacer en un pesebre! Los pobres nacen en sus casucas, a veces entre las pajas, pero nunca en el establo, en que apenas si nacen las bestias y los gusanillos; y como gusano quiso nacer en la tierra el Hijo de Dios. Con tal humildad quiso nacer el Rey del universo, dice San Agustín, para demostrarnos en su humildad la majestad y omnipotencia al hacer con su ejemplo amantes de la humildad a los hombres, que nacen plagados de soberbia.

Anunció el ángel a los pastores el nacimiento del Mesías, y las señales que les dio para reconocerlo fueron todas señales de humildad. *Hallarás al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre.* Así se da a conocer un Dios que viene a la tierra a destruir la soberbia

La vida de Jesucristo en Egipto, cuando vivió desterrado en aquel país, fue conforme a su nacimiento, pues allí vivió como extranjero, desconocido y pobre entre aquellos bárbaros y sin que nadie le conociese ni hiciese caso de El. Volvió a Judea, y su vida no fue distinta de la que vivió en Egipto, ya que pasó treinta años en un taller, tenido por todos como hijo de un sencillo artesano, con su oficio de menestral, pobre, desconocido y despreciado. En aquella su familia no había criados ni criadas, pues José y María eran los dueños y los criados, como dice San Pedro Crisólogo. El solo criado de aquella casa era el Hijo de Dios, que quiso hacerse hijo del hombre, es decir, de María, para humilde siervo y, como tal, obedecer a un hombre y a una señora.

Después de treinta años de vida escondida, llegó por fin el tiempo en que nuestro Salvador había de comparecer en público para predicar la celestial doctrina que había venido a enseñarnos desde el cielo,

por lo que fue necesario se diera a conocer lo que era, verdadero Hijo de Dios. Mas ¿cuántos fueron los que lo reconocieron por tal y lo honraron como merecía? Fuera del reducido número de discípulos que le siguieron, todos los demás, en lugar de honrarlo, lo despreciaron como hombre vil e impostor, cumpliéndose entonces la profecía de Simeón: *Este está puesto... como señal a quien se contradice* (Lc. 2, 34). Jesucristo fue contradicho y menospreciado en todo: en su doctrina, ya que al manifestar que era el Unigénito de Dios fue tenido por blasfemo y, como tal, reputado reo de muerte, como decía el impío Caifás. Fue despreciado en su sabiduría, ya que lo tuvieron por loco y falto de juicio. Fue despreciando en sus costumbres, teniéndolo por borracho, comilón y amigo de ribaldos. Fue tenido, además, por hechicero, que tenía pactos con el demonio; hereje y endemoniado, seductor. Finalmente, fue Jesucristo acusado por el público de ser tan malhechor que no necesitaba proceso para condenarlo a muerte de cruz, según decían los judíos a Pilatos.

Llegó, por fin, el Salvador al término de su vida y a su pasión, y en ella, ¡Dios mío, qué de desprecios y vilipendios no recibió! Fue traicionado y vendido por uno de sus discípulos en treinta monedas, inferiores al precio en que se vende una bestia. Otro discípulo renegó de él. Fue conducido por las calles de Jerusalén, atado como un malhechor, abandonado de todos, hasta de sus contados discípulos. Fue vilmente tratado como esclavo, con el castigo de los azotes; fue abofeteado públicamente, tratado como loco y vestido por Herodes con vestidura blanca, para hacerle pasar por hombre ignorante y estúpido, según se expresa San Buenaventura. Fue reputado como rey de burlas, po-

niéndole en la mano una caña por cetro, en las espaldas un andrajoso pedazo de púrpura y en la cabeza un haz de espinas por corona, y después le saludaban irónicamente: ¡*Salud, Rey de los judíos!* (Jn. 19, 3), cubriéndole la cara de esputos y bofetones (Mt. 29, 30).

Finalmente, quiso morir Jesucristo; pero ¿con qué muerte? Con la más ignominiosa, cual fue la cruz. Quienes a la sazón morían crucificados eran tenidos por los más viles y malvados de los reos, por lo que el nombre de crucificado era nombre de maldición e infamia. De ahí que el Apóstol dijese: *Cristo... hecho por nosotros objeto de maldición; porque escrito está: «Maldito todo el que está colgado de un palo»* (Sal. 3, 13). San Atanasio comenta así: «Se llama maldito porque cargó con nuestra maldición» para salvarnos de la maldición eterna.

Pero, Señor, exclama aquí Santo Tomás de Villanueva, ¿dónde está tu gloria y tu majestad en medio de tanta ignominia? Y responde: No busques tal gloria y majestad, pues vino a dar ejemplo de humildad y a manifestar el amor que tuvo a los hombres, amor que le hizo como salir de sí mismo.

II

Refiere la fábula pagana que Hércules, por el amor que profesaba al rey Augias, llegó hasta cuidar de sus caballerizas; y que Apolo, por amor también a Admeto, pastoreó sus rebaños. ¡Fábulas tan sólo! Pero lo que es de fe es que Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, por amor a los hombres, se humilló hasta nacer en una gruta, vivió vida de humillaciones y, finalmente, murió ajusticiado en infame patíbulo. ¡Oh gracia, oh fuerza invencible del amor! —exclama San Bernardo—,

¿es posible que hayas obligado al Señor de todas las cosas a hacerse el menor de todas ellas? ¡Oh fuerza del amor divino, el más excelso de todos hacerse el más vil de todos! «¿Quién hizo esto?» —prosigue preguntando el Santo—. El amor, que no se detiene en dignidades, cuando se trata de conquistarse el afecto de la persona amada. Dios, que de nadie puede ser vencido, fue vencido por el amor, ya que el amor le redujo a hacerse hombre y a sacrificarse por amor a los hombres en mar de dolores y desprecios. «Se anonadó a sí mismo —prosigue el santo Abad— para que sepas que fue el amor quien rebajó a nivel del hombre semejante grandeza.

Dice San Gregorio Nacianceno que de ninguna otra manera podía Dios manifestarnos mejor su amor que humillándose hasta cargar con las mayores miserias e ignominias sufridas por los hombres en la tierra. Y Ricardo de San Víctor añade que, habiendo el hombre tenido la audacia de ofender a la majestad de Dios, fue necesario para purgar su delito que interviniese una humillación también infinita. Pero «cuanto más se ha humillado nuestro Dios —sigue San Bernardo—, tanto mayor se ha mostrado en la bondad y el amor». Por lo tanto, después de haberse un Dios humillado tanto por amor al hombre, ¿tendrá éste aún repugnancia en humillarse por amor a Dios? No merece el nombre de cristiano quien no es humilde y no procura imitar la humildad de Jesucristo, que vino al mundo, como dice San Agustín, para abatir la soberbia. La soberbia humana fue la enfermedad que hizo bajar del cielo a este divino Médico, le colmó de ignominias y le hizo morir crucificado. Avergüéncese, pues, el hombre de ser soberbio, al menos cuando fije su vista en un Dios que, para curarlo del orgullo, se humilló tanto. Y San

Pedro Damiano escribe que «el Señor quiso abajarse tanto para sacarnos de la hediondez de nuestros pecados y colocarnos al par de los ángeles en el excelso reino de cielo». «La humillación del Hijo de Dios— añade San Hilario— fue nuestra nobleza». «¡Oh inmensidad del amor divino, continúa diciendo San Agustín—, un Dios por amor al hombre enamórase de los desprecios para hacerle partícipe de su honor, abrazarse con los dolores para darle la salud, venir a morir para darle la vida!»

Jesucristo, al elegirse tan humilde nacimiento, vida tan menospreciada y muerte tan ignominiosa, ha tornado nobles y amables los desprecios y los oprobios, por lo que los santos en este mundo fueron tan amantes y hasta ávidos de las ignominias, que se diría no sabían ni desear ni buscar más que ser despreciados y pisoteados por amor a Jesucristo. Cuando vino el Verbo al mundo, se cumplió puntualmente lo que Isaías había profetizado: *En lo que era la morada de chacales, su cubil, habrá verdor de cañas y juncos* (Is. 35, 7); es decir, que donde habitaban antes los demonios, soberbios espíritus, allí nacería, ante la humildad de Jesucristo, el espíritu de humildad. *Verdor de cañas*, comenta Hugo, porque el humilde está como vacío a sus propios ojos. Los humildes, en efecto, no están pagados de sí, como los soberbios, sino al contrario, vacíos, creyendo en verdad que todo cuanto tienen es don de Dios. De lo que bien podemos inferir que Dios ama tanto al alma humilde como aborrece a la soberbia.

Pero ¿será posible, pregunta San Bernardo, que se hallen aún orgullosos, después de haber visto la vida que vivió Jesucristo? ¿Cómo es posible que el hombre, gusanillo manchado con tanto pecado, viendo a un Dios de infinita majestad y pureza que tanto se

humilla para enseñarnos la humildad, sea aún orgulloso?

Sébase que los orgullosos nada ganan ante Dios. San Agustín advierte: «¿Te engríes? Dios huye de ti. ¿Te humillas? Dios viene a ti». Huye el Señor de los soberbios, y, al contrario, no sabe despreciar el corazón que se humilla, por pecador que sea. Dios prometió escuchar a quien le rogare: *Pedid y se os dará. Todo el que pide, recibe* (Mt. 7, 7); pero también ha afirmado que no puede escuchar a los soberbios, como nos dice Santiago: *Dios se opone a los soberbios, mas a los humildes otorga su gracia* (Sant. 6, 6). Santa Teresa declaraba que las más excelsas gracias las había recibido de Dios cuando más se humillaba ante su presencia. La oración del que se humilla entra por sí misma en el cielo, sin necesidad de ser introducida, ni se retira sin alcanzar de Dios lo que desea (Eccli. 35, 21).

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús mío, despreciado!, con vuestro ejemplo hicisteis muy queridos y amables los desprecios a vuestros amantes. ¿Cómo, pues, en vez de recibirlos alegremente, como vos, me he portado con tanto orgullo, ofendiéndoos a vos, majestad infinita? ¡Pecador y soberbio! ¡Ah, Señor!, ya lo comprendo; no he sabido sufrir pacientemente porque no he sabido amaros; si os hubiera amado, habría encontrado suaves y agradables los padecimientos. Pero, ya que prometéis el perdón a quienes se arrepienten, me arrepiento con toda el alma de toda mi desordenada vida, tan diferente de la vuestra. Quiero enmendarme y os prometo, de hoy en adelante, sufrir pacientemente cuantos desprecios se me hicieren por amor vuestro,

Jesús mío, que por mi amor fuisteis de tal modo despreciado. Comprendo que las humillaciones son las preciosas minas con que enriquecéis a las almas de tesoros eternos. Otras humillaciones y otros desprecios merezco por haber despreciado vuestra gracia: merezco ser pisoteado por los demonios, pero vuestros merecimientos son mi esperanza. Quiero cambiar de vida y no quiero disgustaros más, por lo que de hoy en adelante no quiero buscar sino vuestro gusto. Muchas veces merecí ser lanzado al profundo del infierno, pero ya que me esperasteis hasta el presente y aun me habéis perdonado los pecados, como espero, haced que, en vez de arder en aquel desgraciado fuego, arda en el fuego bendito de vuestro santo amor. No; ya no quiero vivir más, ¡oh Amor mío!, sin vuestro amor. Ayudadme y no permitáis que viva ingrato, como en lo pasado. En lo venidero sólo a vos quiero amar, y quiero que mi corazón sea sólo vuestro. Por favor, tomad posesión de él, y tomadla por toda la eternidad, de manera que yo sea siempre vuestro y vos siempre mío, yo os ame siempre y siempre me améis vos. Así lo espero, mi amabilísimo Dios; yo siempre os amaré y vos siempre me amaréis. Creo en vos, bondad infinita; espero en vos, bondad infinita; os amo, bondad infinita; os amo y siempre lo repetiré: os amo, os amo, os amo y, porque os amo, quiero hacer cuanto me sea dable para complaceros. Disponed de mí como os plazca; basta que me deis la gracia de amaros, y luego disponed de mí como quisiereis. Vuestro amor es y será siempre mi único tesoro, mi único deseo, mi único bien y mi único amor.

¡Oh María, esperanza mía, Madre del amor hermoso, ayudadme a amar mucho y siempre a mi amabilísimo Dios!

45. NACIMIENTO DEL NIÑO JESÚS

Os traigo una buena nueva..., que os ha nacido hoy un Salvador (Lc. 2, 10).

Os traigo una buena nueva. Así habló el ángel a los pastores y así digo yo a vosotras en esta noche, almas devotas. Os traigo una noticia de gran alegría. Y ¿qué mayor alegría puede darse a los pobres desterrados de la patria y condenados a muerte que la de haber llegado su Salvador, no sólo a librarlos de la muerte, sino también para alcanzarles el retorno a la patria? Esta es, precisamente, la nueva que os traigo: *Os ha nacido hoy un Salvador.* Ha nacido Jesucristo, y ha nacido para vosotros, para libraros de la muerte eterna y para abriros el paraíso, que es nuestra patria, de la que habíamos sido desterrados en castigo de nuestros pecados.

Mas, a fin de que el agradecimiento os lleve al amor de este vuestro recién nacido Redentor, permitidme que os ponga ante los ojos dónde nació, cómo nació y dónde se halla esta noche, para que así podáis ir a encontrarle y agradecerle tanto amor y beneficio tanto.

Pidamos las luces necesarias a Jesús y a María.

I

Permitidme que os cuente sucintamente la historia del nacimiento de este Rey del mundo, que bajó del cielo por vuestra salvación.

El emperador romano César Augusto, queriendo saber las fuerzas de su Imperio, dispuso un empadronamiento general de sus súbditos; a tal fin ordenó a los gobernadores de las provincias, y entre otros a Cirino,

gobernador de Judea, que llamase a cada uno de ellos a empadronarse y pagar a la vez el tributo en señal de vasallaje común. Publicada que fue esta orden. José obedeció al punto, sin esperar primero a que su santa esposa, próxima al parto, diese a luz. Digo que obedeció al punto y se puso en camino con María, que llevaba en su seno al Verbo encarnado, para ir a inscribirse a la ciudad de Belén. El viaje fue largo, pues, como dicen los autores, era de cuatro jornadas, es decir, de cerca de noventa leguas. Y, sobre ser largo, era fatigoso, ya que había que atravesar montañas y caminos ásperos, azotados por vientos, lluvias y fríos.

Cuando entra por vez primera un rey en una ciudad de su reino, ¡qué honores se le dispensan, cuánto aparato y qué de arcos triunfales! Prepárate, pues, feliz Belén, a recibir con honor a tu Rey, pues que te anuncia el profeta Miqueas que llega a visitarte tu Señor, que no sólo es Señor de toda Judea, sino Señor de todo el mundo. Y sábetelo, sigue el profeta, *Belén Efratá, la más pequeña entre las regiones de Judá, (que) de ti me saldrá quien ha de ser dominador en Israel* (Miq. 5, 2).

Mas ved que ya entran en Belén estos dos ilustres peregrinos, José y María, que lleva en su seno al Salvador del mundo. Entran en la ciudad, se dirigen al oficial imperial para solventar el tributo e inscribirse en el libro de los súbditos del César, en que es inscrito también el fruto del seno de María, es decir Jesucristo, que era Señor del César y de todos los príncipes terrenos. Pero ¿quién los reconoce? ¿Quién se adelanta para honrarlos? ¿Quién los saluda y los recibe? *Vino a lo que era suyo, y los suyos no le recibieron* (Jn. 1, 2). ¡Ah!, es que José y María caminan como pobres y por pobres son despreciados y aun tratados y despedidos peor que los otros pobres! Estando allí, notó María que era lle-

gada la hora del alumbramiento y que el Verbo encarnado quería nacer en aquel lugar y presentarse al mundo en aquella noche. Expúsosele de esta suerte a José y José se apresuró a buscarle algún albergue en cualquier casa de aquellos ciudadanos, para no tener que llevarla a la posada pública, poco decente para una doncella que sentía llegada su hora, y más todavía si se considera que a la sazón hallábase la posada llena de gente. Pero no halló quien diese oídos a su petición, y tal vez algunos le echaran en cara haber llevado a su esposa en aquel trance, de noche y con tanta concurrencia. Finalmente, vióle obligado, para no quedarse en aquella noche a la intemperie, a llevarla a la posada. Fue allá, pero también fue despedido y le respondieron que no había para ellos lugar en el mesón. Había lugar para todos, hasta para los plebeyos, y no lo había para Jesucristo. Aquel mesón fue figura de los ingratos, en cuyo corazón caben muchas veces las más miserables criaturas y no cabe Dios.

¡Cuántos aman a sus parientes, a sus amigos y hasta a los animales, y no aman a Jesucristo ni hacen caso de su gracia ni de su amor! María Santísima dijo a cierta alma devota: «Fue disposición de Dios que faltase a mi Hijo albergue entre los hombres, para que las enamoradas de Jesús se le ofreciesen por albergue y le invitasen con amor a venir a sus corazones».

Continuemos el relato. Viéndose, pues, despedidos de todas partes estos pobres peregrinos, salieron de la ciudad para hallar, a lo menos, fuera algún asilo. Andan a oscuras, dan vueltas a una y otra parte, observan, y hallan, por fin, una gruta cavada en el rocoso cerro sobre el que descansa la ciudad. Barradas, Beda y Brocardo dicen que el lugar donde nació Jesucristo era una excavación de las murallas de Belén, separa-

da de la ciudad, a guisa de cueva, que servía de refugio a los animales. Entonces dijo María: —José mío, no prosigamos más, entremos y esperemos en esta cueva. —Pero que— exclamó José—, ¿no ves que está abierta, es fría, húmeda y manando agua por todas partes? ¿No ves que no es morada de hombres, sino establo de animales? ¿Cómo vas a estar aquí toda la noche, para dar al mundo al divino Niño? —Pues, a pesar de todo— replicó María—, este establo es estancia, palacio real en que quiere nacer en la tierra el Hijo eterno de Dios.

¡Oh!, y ¿qué dirían los ángeles al ver entrar a la divina Madre en aquella gruta para dar a luz al divino Hijo? Los hijos de los príncipes nacen en estancias recamadas de oro, en cunitas ricas de perlas, finos paños y entre cortejos de primates del reino, y ¿al Rey del cielo se le prepara para nacer un establo frío y sin fuego, toscos pañales para cubrirlo, un poco de paja por lecho y un pesebre por cuna? «¿Donde está su corte —pregunta San Bernardo—, dónde su trono?» ¿Dónde el solio para el Rey del cielo, cuando yo no veo sino dos animales que le acompañan y un pobre pesebre en que va a ser colocado? ¡Oh gruta afortunada, que tuviste la suerte de ver nacido en ti al Verbo divino! ¡Feliz pesebre, que tuviste el honor de recibir en ti al Señor del cielo! ¡Benditas pajas, que servisteis de cama a quien descansa en alas de serafines!

¡Ah!, cuando consideramos el modo como nació Jesucristo, deberíamos inflamarnos por completo en su amor, y al oír nombrar gruta, pesebre, pajas, leche, vagidos, tales nombres, evocadores de nacimiento del Redentor, habrían de ser otras tantas saetas que traspasaran de amor nuestros corazones. Sí; felices fuisteis, gruta, pesebre y pajas, pero mucho más felices

son los corazones que aman con fervor y ternura a este amabilísimo Señor y, abrasados de amor, le reciben después en la sagrada comunión. Y ¡con qué deseo y satisfacción descansa Jesucristo en el corazón que le ama!

II

No bien entrada María en la cueva, púsose en oración, y, llegada la hora del alumbramiento, soltó sus cabellos en señal de respecto, haciéndolos flotar por las espaldas; y de pronto vio una gran luz, sintió en el corazón un gozo celestial, humilló los ojos y, ¡oh Dios!, ¿qué es lo que mira? Ve ya en la tierra a un niño tan bello y amable, que enamora, pero que tiembla, que llora y que, al extender sus manecitas, manifiesta desear se le tome en brazos, como se reveló a Santa Brígida. María llamó a José: Ven, José, le dijo; ven y verás ya nacido al Hijo de Dios. Llegó José y, al ver nacido a Jesús, le adoró entre ríos de consoladoras lágrimas. Luego, la Santísima Virgen tomó reverentemente a su amado Hijo y le estrechó en su seno, donde procuró calentarle con el calor del seno y de las mejillas. Imaginaos los sentimientos de devoción, de ternura y de amor que experimentó María al ver en brazos y en el regazo al Señor del mundo, al Hijo del Eterno Padre, que se había dignado también hacerse Hijo suyo, eligiéndola por madre entre todas las mujeres. Al tomarle en su regazo, le adoró como a Dios, besóle los pies como a Rey y la carita como a hijo. Trató después de cubrir el cuerpecito y le fajó con pañales; pero, ¡ah Dios mío, y qué pañales tan ásperos y toscos, pañales propios de pobres, pañales fríos, húmedos y en una gruta en que no había fuego para calentarlos!

Venid, reyes; emperadores, venid; príncipes de toda la tierra, venid y adorad presto a vuestro supremo Rey, que por amor nace, y nace tan pobre, en semejante gruta. Pero ¿quién acude? Nadie. El Hijo de Dios vino al mundo y éste rehusó reconocerle.

Mas, si los hombres no acuden, acuden los ángeles a adorar al Señor, como lo ordenó el Eterno Padre en honor a este su Hijo: *Y adórenle los ángeles de Dios* (Heb. 1, 6). Acuden en gran número, alabando a su Dios con estos jubilosos cánticos: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* (Lc. 2, 14). Gloria a la divina misericordia, que, en lugar de castigar a los hombres rebeldes, hace que su mismo Dios cargue con los castigos y así los salve. Gloria a la divina sabiduría, que halló el modo de satisfacer a la vez a la justicia y librar al hombre de la merecida muerte. Gloria al divino poder, que abatió las fuerzas infernales de manera tan admirable, enviando pobre al Verbo divino a padecer dolores, desprecios, muerte, induciendo así los corazones de los hombres a amarle y a abandonarlo todo por su amor, honores, bienes y vida, como lo hicieron después tantas doncellas, tantos jóvenes y hasta nobles y príncipes para corresponder al amor de este nuestro Dios.

«Vemos en este establo —dice San Lorenzo Justiniano— al poderío de Dios como aniquilado; vemos a la sabiduría como enloquecida por el extraordinario amor que tiene a los hombres».

III

María invita a todos, nobles y plebeyos, ricos y pobres, justos y pecadores, a entrar en la gruta de Belén para adorar y besar los pies de su recién nacido

Hijo. Entrad, pues, almas devotas; entrad y ved en el heno al Creador del cielo y de la tierra bajo la forma de un tierno niño, pero tan hermoso y resplandeciente, que esparce por doquier rayos de luz. Después de nacido El, aun cuando en la paja, la gruta ya no es horrida, sino paradisiaca. Entremos, pues, en ella y no temamos. Ha nacido Jesús, y ha nacido para todos y para quien lo quiera.

Yo soy narciso de Sarón, lirio de los valles. Llámase lirio de los valles, para darnos a entender que así como nace tan humilde, así también lo hallan solamente los humildes, por lo que el ángel no fue a anunciar el nacimiento de Jesucristo al César o a Herodes, sino a los pastorcillos humildes. Llámase también flor del campo, por la facilidad de hallarla todos, como comenta el cardenal Hugo. Las flores de los jardines se hallan rodeadas de cercas y nadie puede cogerlas sin permiso: las flores de los campos por el contrario, se brindan a todos, de suerte que quien quiere cogerlas las coge; y así quiso Jesucristo estar a disposición de quien lo deseara.

Entremos, nos exhorta San Pedro Crisólogo, que la puerta se halla abierta y no hay centinela que nos diga que aun no ha llegado la hora. Los reyes viven encerrados en sus palacios, y los palacios están custodiados por soldados, así que no es muy hacedera la audiencia; quien desea hablar a los reyes ha de pasar por muchos trámites, se ha de ver despedido y tiene que oír que vuelva otra vez, pues aun no es tiempo de audiencia. No sucede así con Jesucristo, que en aquella gruta se nos ofrece en forma de niño para animar a quien vaya a buscarle, y la gruta está abierta, sin guardianes ni siquiera puertas, de modo que cada uno puede entrar a su placer cuando le plugiere, para ver, para hablar y hasta para abrazar a este Reyezuelo, si el alma lo ama y lo desea.

Entrad, pues, almas cristianas; mirad el pesebre y ved sobre la paja al tiernecito niño que gime. Observad cuán hermoso es, mirad las luces que irradia y el amor que inspira; sus ojos asaetea los corazones que lo desean, sus vagidos son llamas de amor. El mismo pesebre y las propias pajas claman, como dice San Bernardo, y nos dicen que amemos a quien nos ama, que amemos a un Dios digno de infinito amor, que bajó de las estrellas, se hizo niño, se hizo pobre para daros a entender el amor que nos profesa y para conquistarse con sus penas nuestro amor.

Si le preguntáis: Precioso chicuelo, ¿de quién sois hijo?, os responderá: Mi madre es esta hermosa y pura virgencita que está junto a mí. Si le preguntáis quién es su padre, os responderá: Mi padre es Dios. —Y ¿cómo, siendo Hijo de Dios, os mostráis tan pobre y tan humilde? ¿Quién os va a reconocer ni a respetar? —La santa fe— acude Jesús— me dará a conocer por quien soy y me hará amar de las almas que he venido a redimir y a inflamar con mi amor. No vine, dice, para hacerme temer, sino para hacerme amar, y por eso quise presentarme a vosotros la primera vez en forma de niño tan pobre y humilde, para que así me amaseis más, viendo el extremo a que me redujo el amor que os tengo. —Pero decidme, Niño mío, ¿por qué miráis en torno vuestro? ¿Qué es lo que buscan vuestras miradas? Oigo que suspiráis; decidme el porqué de esos suspiros. ¡Oh Dios!, os oigo llorar; ¿a qué tanto lloro? —Sí — responde Jesús—; vuelvo mis ojos porque ando en busca de un alma que me desee. Suspiro por el deseo de ver a mi lado algún corazón que arda en mi amor como yo ardo en el suyo. Y lloro y por esto lloro, porque no hallo o hallo contadas almas y corazones que me busquen y quieran amarme.

Afectos y súplicas

Exhortación para el acto de besar los pies del santo Niño, como se acostumbra en ciertas iglesias.— Levantaos, almas devotas y acudid a besar los pies del divino Niño en esta noche. Los pastores que fueron entonces a visitarle al portal de Belén le llevaron sus regalos; traedle también ahora los vuestros. Y ¿qué es lo que le traeréis? Creedme: el don más agradable que podréis presentarle es el de un corazón arrepentido y amante. Ved, pues, los sentimientos que cada cual ha de presentarle antes de llegarse a sus plantas:

Señor, no osaría acercarme a vos viéndome tan manchado de pecados, pero ya que vos, Jesús mío, me invitáis tan amablemente y con tanto amor me solicitáis, no quiero rehusarlo. No quiero portarme con tanta grosería que rehuse ahora por desconfianza la dulce invitación que me hacéis, cuando tantas veces os volví las espaldas. Pero añadirle: Sabed que soy pobre y no tengo nada que ofreceros sino este corazón, que me apresuro a brindaros. Cierto que con él os ofendí en lo pasado, mas ahora está arrepentido, y por eso os lo entrego. Si, Niño mío, me pesa de haberos disgustado. Confieso haber sido el bárbaro, el traidor, el ingrato que os hizo padecer y derramar tantas lágrimas en el portal de Belén; pero vuestras lágrimas son mi esperanza. Cierto que soy pecador y no merezco perdón, pero a vos acudo, que, siendo Dios, os hicisteis niño para perdonarme. Eterno Padre, si merezco el infierno, mirad que las lágrimas de este vuestro inocente Hijo os piden perdón por mí. Vos nada negáis a las súplicas de Jesucristo; oídle, pues, ya que esta noche os pide me perdonéis, noche de alegría, noche de salvación y noche de perdón.

¡Ah, Niño mío, Jesús!, de vos espero el perdón; pero no me contento con el solo perdón de mis pecados, y así, en esta noche en que dispensáis tantas gracias a las almas, quiero me otorguéis la gracia extraordinaria de amaros. Ahora que vengo a vuestros pies, inflamadme por completo en vuestro santo amor y unidme estrechamente a vos, pero de tal modo que ya nunca os pueda abandonar. Os amo, ¡oh Dios mío, hecho niño por mí!; pero os amo poco y quiero amaros más; vos me lo habéis de alcanzar. Ya me acerco a besaros los pies y os traigo el presente de mi corazón; a vuestros pies lo dejo; no lo quiero más; cambiadlo y conservadlo siempre; no me lo devolváis, porque, si me lo devolvéis, temo que de nuevo os traicione.

María Santísima, Madre de tan excelso Hijo y Madre mía, en vuestras manos deposito el corazón; presentádselo a Jesús, pues, presentado por vuestras manos, no lo rehusará; presentádselo y rogadle que lo acepte.

46. EL NOMBRE DE JESÚS

Le pusieron por nombre Jesús (Lc. 2, 21).

Este excelso nombre de Jesús no fue inventado por los hombres, sino por Dios. «El Padre fue quien primero lo pronunció», dice San Bernardo. Fue un nombre nuevo, que salió de la boca del Señor. Nuevo nombre que sólo Dios podía imponer a quien destinaba para Salvador del mundo. Nombre nuevo y eterno, porque así como *ab aeterno* fue decretada nuestra redención, así *ab aeterno* fue impuesto nombre al Re-

dentor. Sin embargo, en esta tierra se impuso a Jesucristo tal nombre en el día de la circuncisión, queriendo entonces remunerar el Eterno Padre la humildad del Hijo al darle nombre de tanto honor. En efecto, cuando el Verbo eterno se humilla, sujetándose en la circuncisión a recibir la marca del pecador, con razón el Padre lo glorifica, dándole nombre que excede a todo nombre en dignidad y grandeza, y ordena que lo adoren los ángeles, los hombres y los demonios.

Si todas las criaturas adoran este excelso nombre, mucho más lo debemos adorar nosotros, pecadores, ya que le fue impuesto en vista nuestra, pues el nombre de Jesús significa *Salvador*, y por salvar a los pecadores bajó del cielo y se hizo hombre. Debemos adorarlo y a la vez alabar a Dios por haberle impuesto tal nombre por nuestro bien, ya que este nombre *nos consuela, nos defiende y nos inflama*. He ahí los tres puntos de nuestro discurso. Para verlo, pidamos primero luces a Jesús y a María.

I

Dije en primer lugar que *el nombre de Jesús nos consuela*. Invocando a Jesús, podemos hallar alivio en todas las aflicciones. Cuando acudimos a Jesús, El nos quiere consolar porque nos ama; y nos puede consolar porque no sólo es hombre, sino también Dios omnipotente, que de otra suerte no se le podría dar este excelso nombre de *Salvador*. El nombre de Jesús lleva implícito un poder infinito y a la vez una sabiduría y amor infinitos, pues de lo contrario no nos hubiera podido salvar, como nota San Bernardo, quien añade al hablar de la circuncisión: «Es circuncidado como hijo de Abrahán, y como Hijo de Dios es llama-

do Jesús». Recibió en su cuerpo, como hombre, la marca de pecador por haber cargado con el peso de satisfacer por los pecadores, de manera que ya desde niño quiso empezar a satisfacer por los pecados de los hombres, padeciendo y derramando su sangre; pero se llamó Salvador, como Hijo de Dios, porque a Dios compete tan sólo el salvar.

El Espíritu Santo llama al nombre de Jesús *perfume derramado*. Y con razón, dice San Bernardo, porque así como el aceite sirve para lucir, para comer y de medicina, así en primer lugar el nombre de Jesús sirve de luz. Y ¿de dónde vino, dice el Santo, que tan pronto luciese en toda la tierra la luz de la fe, de modo que tantos gentiles conociesen en tan corto tiempo al verdadero Dios y que siguiesen su doctrina, sino de oír predicar el nombre de Jesús? Felices de nosotros, que en este nombre fuimos hechos hijos de la verdadera luz, esto es, de la santa Iglesia, pues que hemos tenido la suerte de nacer en el seno de la Iglesia romana, en reinos cristianos y católicos, gracia y fortuna no concedida a la mayor parte de los hombres que nacen entre idólatras, mahometanos y herejes.

Además, el nombre de Jesús es *alimento* que nutre nuestras almas. Este nombre fortalece a los fieles para encontrar paz y consuelo aun en medio de las miserias y persecuciones de esta tierra. Los santos apóstoles, maltratados y vilipendiados, se alegraban, confortados con el nombre de Jesús.

Es luz, es alimento y es, además, medicina para quien lo invoca. Y añade el santo abad que, si el alma se halla afligida y angustiada, luego de pronunciar el nombre de Jesús desaparecerá la tempestad y renacerá la calma. Si alguno cae miserablemente en pecado, si siente desconfianza del perdón, invoque este nom-

bre de vida y sentirá renacer en breve la esperanza de alcanzarlo. Que invoque a Jesús, a quien el Padre destinó por nuestro Salvador, para alcanzar a los pecadores el perdón. Dice Eutimio que si Judas, cuando fue tentado de desesperación, hubiese invocado el nombre de Jesús, no se hubiera desesperado. Por lo que no llegará, prosigue, al fatal extremo de la desesperación ningún pecador, por perdido que fuere, si invoca este santísimo nombre, que es nombre de esperanza y de salvación.

Empero, los pecadores dejan de invocar este nombre de salvación porque no quieren curar de sus enfermedades. Jesucristo está pronto a sanar todas nuestras llagas; pero a quienes las aman y rehusan curar, ¿cómo los podrá curar Jesucristo? La venerable sor María del Crucifijo, siciliana, vio en cierta ocasión al Salvador como dentro de un hospital, recorriéndolo con medicinas para curar a los enfermos que en él se encontraban; pero los desgraciados, en vez de agradecerle y llamarlo, lo apartaban de sí. He ahí lo que hacen no pocos pecadores, quienes, después de haber enfermado voluntariamente por el pecado, rehusan la salud, es decir, la gracia que Jesucristo les ofrece, y quedan de este modo miserablemente perdidos en su enfermedad.

Por el contrario, ¿qué temor puede abrigar el pecador que acude a Jesús, si El mismo se ha brindado a alcanzarnos de su Padre el perdón, habiendo de antemano pagado con su muerte la pena que por el pecado merecíamos? «Se constituyó intercesor —dice San Lorenzo Justiniano— el mismo que había sido ofendido, pagando lo que a El mismo se debía». «Por lo que —continúa el Santo—, si padeces alguna enfermedad, si te aqueja algún dolor, si te inquieta algún

temor, pronuncia el nombre de Jesús», y Él te consolará. Bastará que en su nombre roguemos al Eterno Padre y nos dará cuanto pidiéremos, como prometió repetidas veces Jesucristo con promesa que no puede dejar de cumplirse.

II

Dijimos, en segundo lugar, que el nombre de Jesús *nos defiende*. En efecto, nos protege contra todas las insidias y asaltos del enemigo. Por esto se llamó al Mesías el *Dios Fuerte*; y el Sabio dijo: *Torre fuerte es el nombre de Yahveh* (Pv. 18, 10), para que entendamos que no debe temer los insultos del infierno quien se cubre con el escudo de este poderosísimo nombre. *Jesucristo* — escribe San Pablo — *se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Fil. 2, 8). Jesucristo durante su vida se humilló, obedeciendo al Padre hasta morir crucificado; es decir, como explica San Anselmo, se humilló tanto, que ya no cabía humillarse más, por lo que el divino Padre, en atención a los merecimientos de tal humildad y obediencia, sublimó tanto al Hijo, que no cabía sublimarlo más. Y por esto, añade el Apóstol, el Padre *soberanamente lo exaltó y le dio nombre que es sobre todo nombre*, para que en el de Jesús se doble toda rodilla de los seres celestes, y de los terrenales, y de los infernales» (Fil. 2, 9). Le dio un nombre tan grande y poderoso, que es venerado en el cielo, en la tierra y en el infierno. Nombre poderoso en el cielo, porque puede alcanzarnos todas las gracias; poderoso en la tierra, porque puede salvar a cuantos lo invocaren; poderoso en el infierno, porque llena de terror a todos los demonios. Tiemblan aquellos ángeles rebeldes al eco de este sacrosanto nom-

bre, porque recuerdan que Jesucristo fue el Poderoso que destruyó el dominio y las fuerzas que tenían antes sobre los hombres. Tiemblan, dice San Pedro Damiano, porque en este nombre han de adorar toda la majestad de Dios. Nuestro mismo Salvador declara que con este su poderoso nombre arrojarían los demonios sus discípulos. Y, en efecto, la santa Iglesia en los exorcismos se prevale de este nombre para arrojar a los espíritus infernales de los posesos. Y los sacerdotes que asisten a los moribundos utilizan el nombre de Jesús para librar a los enfermos de los más terribles asaltos con que el infierno en aquel crítico momento de la muerte los asalta.

Léase la vida de San Bernardino de Siena y se verá cuántos fueron los pecadores que convirtió, cuántos los abusos con que acabó y cuántas ciudades santificó con sólo inculcar en sus predicaciones a los pueblos la invocación del nombre de Jesús. Dice San Pedro que *no se da en otro ninguno la salud, puesto que no existe debajo del cielo otro nombre dado a los hombres en el cual hayamos de ser salvos* (Act. 4, 12). Jesús no nos salvó tan sólo una vez, sino que nos salva continuamente por sus méritos del peligro del pecado, siempre que le invoquemos confiadamente; por lo que nos anima San Pablo, diciendo: *Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo* (Rm. 10, 13).

Repito, pues, con San Lorenzo Justiniano: En las tentaciones que experimentes, ya de parte de los demonios, ya de parte de los hombres que te inciten a pecar, invoca a Jesús y serás salvo; y si prosigue la tentación, prosigue tú invocando el nombre de Jesús y no caerás. Quienes practican esta devoción excelente, atestiguan la experiencia que permanecen siempre firmes y terminan victoriosos.

No dejemos de invocar siempre, junto con el nombre de Jesús, el de María Santísima, que infunde pavor al infierno, y estaremos siempre seguros. Esta oración tan breve (Jesús y María) dice Tomás de Kempis que es fácil retenerla en la memoria, a la vez que es poderosa para librarnos de los ataques de nuestros enemigos.

III

El nombre de Jesús no sólo consuela y defiende en todos los males, sino que también *inflama en santo amor* a cuantos con devoción lo pronuncian. Es lo que vamos a ver en este tercer punto.

El nombre de Jesús, o Salvador, es nombre que de suyo expresa amor, porque nos recuerda, como se expresa San Bernardino de Siena, cuanto el Hijo de Dios hizo y sufrió para salvarnos; por lo que con ternura le decía cierto devoto autor: ¡Oh Jesús, cuánto os costó ser Jesús, es decir, Salvador mío!

Escribe San Mateo, hablando de la crucifixión de Jesucristo: *Y por encima de su cabeza pusieron escrita su causa: «Este es Jesús, el Rey de los judíos»* (Mt. 27, 37). Dispuso, pues, el Eterno Padre que sobre la cruz en que murió nuestro Redentor se leyese: «Este es Jesús, Salvador del mundo». Así lo escribió Pilatos, no por juzgarlo reo de haber tomado el título de rey, como le acusaban los judíos, de los que ningún caso hizo Pilatos, que hasta el momento de condenarlo lo declaró inocente, protestando no tener parte en esa muerte. ¿Por qué, pues, le dio el título de rey? Lo escribió por voluntad de Dios, que con esto quería decirnos: ¿Sabéis, oh hombre, por qué muere este mi inocente Hijo? Muere porque es vuestro Salvador;

muere este divino Pastor en infame leño para salvaros a vosotros, sus ovejuelas. Por eso se dijo en el Cantar de los Cantares: *Perfume derramado es su nombre*. San Bernardo dice que el Señor prodigó sobre nosotros su misma divinidad, ya que en la redención, el mismo Dios, por el amor que nos profesaba, se entregó por completo a nosotros y, para poderse nos comunicar, cargó con el peso de la paga de nuestras deudas. Quiso, dice San Cirilo de Alejandría, borrar con aquel título el decreto de condenación expedido anteriormente contra nosotros, pobres pecadores, como lo había dicho el Apóstol: *Cancelando el acta escrita contra nosotros con sus prescripciones, que nos era contraria, y la quitó de en medio, clavándola en la cruz* (Col. 2, 14). Nuestro amable Redentor quiso librarnos de la maldición que merecíamos, cargando con nuestros pecados.

Por eso, cuando el alma fiel pronuncia el nombre de Jesús y recuerda, al pronunciarlo, lo que hizo Jesucristo para salvarla, es imposible que no se encienda toda en amor hacia quien tanto la amó. Al nombrar a Jesús, nos advierte San Bernardo, tenemos que figurarnos ver un hombre manso, humilde, benigno, misericordioso, eminente en todo género de virtud, que es al mismo tiempo de Dios omnipotente que para curar nuestras llagas quiso ser despreciado y llagado, hasta el extremo de morir de puro dolor en una cruz. Séate, pues, siempre amable, ¡oh cristiano!, exhorta San Anselmo, el hermoso nombre de Jesús; que siempre lo tengas en el corazón; que sea tu alimento, tu dulzura y tu único consuelo; porque solamente quien lo experimenta, añadía San Bernardo, puede explicarse cuán dulce es y qué paraíso sea, aun en este valle de lágrimas, amar tiernamente a Jesús. Bien lo expe-

rimentó Santa Rosa de Lima, quien al recibir la sagrada comunión arrojaba de la boca tal llama de divino amor, que abrasaba la mano de quien le daba de beber agua. Santa María Magdalena de Pazzi andaba con un crucifijo en la mano, gritando abrasada: «¡Oh Dios de amor! ¡Oh Dios de amor! ¡Oh Dios, loco de amor!» San Felipe Neri sintió que se le ensanchaban las costillas para ceder espacio al corazón, que, abrasado de divino amor, buscaba lugar más amplio para sus palpitaciones. San Estanislao de Kostka tenía a veces que dejar le bañaran el pecho con agua fría para mitigar el extraordinario ardor que le consumía por Jesucristo. San Francisco Javier, por idéntico motivo, desabrochaba el pecho y exclamaba: «¡Señor, basta! ¡Basta, Señor!», declarándose con ello incapaz de sufrir la gran llama que le abrasaba el corazón.

Procuremos, pues, también nosotros, en cuanto nos sea dable, con nuestro amor, tener siempre a Jesús en el corazón y en la boca, invocándolo a menudo. Dice San Pablo que no se puede nombrar el nombre de Jesús (entiéndase, con fervor) sino mediante la gracia del Espíritu Santo, por lo que este divino Espíritu se comunica a cuantos pronuncian devotamente el santísimo nombre de Jesús.

Para algunos, el nombre de Jesús es nombre extraño. ¿Por qué? Porque no lo aman. Los santos siempre tuvieron en la boca este nombre de salvación y de amor. En las Epístolas de San Pablo apenas si hay página en que no se nombre varias veces a Jesús. San Juan también le nombra a menudo. El Beato Enrique Susón, cierto día, para abrasarse más en el amor de este santo nombre, con un hierro candente lo grabó en el pecho y, bañado en sangre, exclamaba: Quisiera, Señor, verlo escrito más dentro aún, en el propio co-

razón, pero no puedo conseguirlo; vos, que todo lo podéis, imprimid en mi corazón vuestro querido nombre, para que no pueda ya borrarse ni él ni vuestro amor. Santa Juana de Chantal llegó hasta grabar en su pecho el nombre de Jesús con un hierro encendido.

No pretende tanto de nosotros Jesucristo, y se contenta con que lo tengamos en el corazón por medio del amor y la frecuente y fervorosa invocación. Y así como cuanto El dijo y obró durante su vida todo lo hizo por nuestro amor, así nosotros cuanto hagamos es justo que lo hagamos en nombre y por amor de Jesucristo, como nos exhorta San Pablo: *Todo cuanto hiciereis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús* (Col. 3, 17). Y si Jesucristo murió por nosotros, nosotros debíamos estar prestos a morir gustosos por el nombre de Jesucristo, como lo estaba el mismo Apóstol cuando decía: *Yo, no sólo para ser encadenado, sino también para morir en Jerusalén, estoy dispuesto por el nombre del Señor Jesús* (Act. 2, 13).

Concluyamos el sermón. Cuando estemos afligidos, invoquemos a Jesús, y nos consolará. Cuando estemos tentados, invoquemos a Jesús, y nos fortalecerá para resistir a todos nuestro enemigos. Cuando estemos áridos y fríos en el amor divino, invoquemos a Jesús y nos inflamará. ¡Dichosas, las almas que siempre tengan en la boca este santo y amabilísimo nombre! Nombre de paz, nombre de esperanza, nombre de salvación, nombre de amor. Y ¡cuán dichosos seríamos si nos fuera dado morir y terminar la vida llamando a Jesús! Si deseamos exhalar el postrer suspiro con este suave nombre en los labios, acostumbremos primero en la vida a pronunciarlo frecuentemente y siempre con amor y confianza.

Juntemos siempre también con él el hermoso nombre de María, que es, asimismo, nombre bajado de cielo, nombre poderoso, que hace temblar al infierno, y nombre dulcísimo, que nos recuerda a la Reina que, siendo madre de Dios, es a la vez madre nuestra, madre de misericordia y madre de amor.

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús mío!, ya que sois mi Salvador, que para salvarme disteis sangre y vida, escribid, os ruego, en mi pobre corazón vuestro adorable nombre, para que, llevándolo siempre impreso en el corazón con el amor, lo tenga siempre en los labios, invocándolo en todas mis necesidades. Si el demonio me tentare, vuestro nombre me fortalecerá para resistir. Si me atacare la desconfianza, vuestro nombre me animará para esperar. Cuando esté afligido, vuestro nombre me confortará, recordándome lo afligido que estuvisteis por mí. Si me resfriare en vuestro amor, vuestro nombre me inflammará, recordándome el amor que me habéis demostrado. En lo pasado caí en tantos pecados por no haberos invocado; de hoy en adelante vuestro nombre será mi defensa, mi refugio, mi esperanza, mi único consuelo, mi único amor. Así espero vivir, así espero morir, siempre con vuestro nombre en los labios.

Santísima Virgen, alcanzadme la gracia de invocar siempre en mis necesidades el nombre de vuestro Hijo Jesús y el vuestro, Madre mía, María; pero haced que lo invoque siempre con confianza y amor, para que también yo pueda decir con el devoto Alfonso Rodríguez: «Jesús y María, padezca por vosotros, por vosotros muera; sea todo vuestro y nada mío».

Querido Jesús mío, amadísima Señora mía, María, dadme la gracia de sufrir y morir por vuestro amor; no quiero pertenecerme más, sino ser vuestro y todo vuestro, vuestro en vida y vuestro en muerte, en la que espero, con vuestra ayuda, expirar exclamando: Jesús y María, ayudadme; Jesús y María, a vos me encomiendo; Jesús y María, os amo y a vos entrego y doy toda mi alma.

ÍNDICE

1. Del amor que Dios nos manifestó en la encarnación	5
2. Bondad de Dios Padre y de Dios Hijo	6
3. Motivos de confianza en la encarnación	8
4. Felicidad de haber nacido después de la redención	9
5. Jesús hizo cuanto pudo y sufrió por nosotros	11
6. La consideración de nuestros pecados	13
7. Deseo que tuvo Jesús de padecer por nosotros	14
8. Tres fuentes de gracias que tenemos en Jesucristo	16
9. Bondad de Dios en la obra de la redención ..	18
10. Grandeza del misterio de la redención	20
11. Amor de Dios a los hombres	23
12. El verbo se hizo hombre en la plenitud de los tiempos	25
13. Humillación de Jesús	28
14. Jesús ilumina al mundo y glorifica a Dios	31
15. El Hijo de Dios carga con todos nuestros pecados	33
16. Dios envía a su Hijo a la muerte para darnos la vida	36
17. Amor del Hijo de Dios testimoniado en la redención	38
18. Jesús hombre de dolores desde el seno de su Madre	41
19. Jesús cargado con todos los pecados del mundo	43
20. Jesús padece durante su vida	46
21. Jesús quiso sufrir tanto para conquistar nuestro amor	48

22. La mayor pena de Jesús	50
23. Pobreza de Jesús al nacer	53
24. Jesús fuente de gracias	55
25. Jesús caritativo médico de nuestras almas	57
26. Toda nuestra esperanza esta en sus méritos ..	59
27. Dios nos dio a su Unigénito por Salvador	60
28. Aflicción de Jesús en el seno de María	63
29. Jesús se hace niño para conquistar nuestro amor	66
30. La Pasión de Jesucristo duró toda su vida	68
31. Jesús se ofreció desde el principio por nuestra salvación	71
32. Jesús prisionero en el seno de María	73
33. Pena de Jesús por la ingratitud de los hombres	76
34. Amor de Dios a los hombres en el nacimiento de Jesús	79
35. Viaje de José y María a Belén	81
36. El Verbo eterno de Dios se hizo hombre	83
37. El Verbo eterno, de grande se hizo pequeño .	99
38. El Verbo eterno, de Señor se hizo esclavo	111
39. El Verbo eterno, de inocente se hizo reo	121
40. El Verbo eterno, de fuerte se hizo débil	132
41. El Verbo eterno, de suyo, se hizo nuestro	142
42. El Verbo eterno, de feliz se hizo atribulado ..	152
43. El Verbo eterno, de rico, se hizo pobre	164
44. El Verbo eterno, de sublime, se hizo humilde	175
45. Nacimiento del Niño Jesús	185
46. El Nombre de Jesús	194